

ALEJANDRO CORRAL

**LA
DAMA
DEL
PRADO**



Tras *El desafío de Florencia*, Alejandro Corral vuelve con un *thriller* que no defraudará a los amantes del arte y la historia.

Una enigmática joven asesinada años atrás

Cuanto más se acerca la fecha de entrega del manuscrito, menos inspirado se siente Óliver Brun, un joven escritor e investigador de Historia del Arte que, tras el éxito de sus primeras novelas, teme no estar a la altura de las expectativas con la siguiente. Nada consigue sacarle de su bloqueo hasta que un día, en casa de su profesor y maestro David Sender, descubre un secreto: las enigmáticas fotografías de una joven y un retrato de la misma posando como la Mona Lisa.

Un cuadro legendario en el museo del Prado

Unos días después, en un lago cerca del pueblo de la sierra madrileña donde vive David Sender, aparecen unos huesos. Las pruebas confirman que son de Melisa Nierga, la joven de las fotografías, y el profesor es inmediatamente detenido por la policía. De repente, Óliver se da cuenta de que tiene delante no solo la gran historia que estaba esperando, sino también una escalofriante incógnita: ¿es el hombre que se lo ha enseñado todo un asesino?

¿Puede un asesinato convertirse en una obra de arte?

Óliver recurre a la ayuda de su compañera de la facultad, Nora, para desentrañar el misterio. Juntos descubrirán unos escritos en latín que podrían relacionar el asesinato de la chica con uno de los cuadros más bellos jamás pintados, el retrato conocido como *La Mona Lisa del Prado*.

¿Se encuentra la clave de este misterio en las galerías del museo o en las solitarias calles del pueblo donde sucedió todo? En esta fascinante novela, Alejandro Corral combina

la investigación de algunos de los secretos mejor guardados de la Historia del Arte con un trepidante *thriller* ambientado en la actualidad que consigue atrapar al lector desde la primera línea.

*A mi hermana Úrsula, la mujer más
noble y valiente que conozco*

Nota del autor

En este relato coinciden escenarios reales con espacios de ficción. El Museo del Prado y algunos otros ámbitos madrileños son tal cual se detallan, aunque he introducido en ellos ciertas licencias literarias para urdir esta trama que no afectan en nada a esos decorados. Pero la localidad de Monterrey, que ubico al pie de la sierra de Madrid, no existe; es fruto de mi imaginación, aunque sus paisajes y su ambiente sí responden a ese hermosísimo entorno geográfico.

Son absolutamente fabulados todos los personajes, sus perfiles físicos y psicológicos y sus respectivos nombres y apellidos, que aparecen en el texto. Cualquier parecido con personas reales, caso de existir, es una casual coincidencia.

Quiero agradecer la confianza que la editorial Penguin Random House ha depositado en mí, al publicarme por segunda vez, tras *El desafío de Florencia*; en especial, a Lucía Luengo, que me ayudó a caminar por esta senda.

Muchas gracias también a Antonia Kerrigan, por acogerme en su agencia literaria, y a Clara Rasero, mi editora, que, además de excelentes consejos y magníficas ayudas, me ha proporcionado lo que un joven autor siempre anhela encontrar: la plena libertad de creación.

Elena Andrés ha sido una persona fundamental a la hora de escribir esta novela; es a ella a quien debo lo mejor y lo más sentido.

ALEJANDRO CORRAL
Barcelona, julio de 2021

Prólogo

—¿Y si no consigo escribir una buena novela, David? ¿Y si, en caso de que se edite, es un fracaso?

—Sé paciente, Óliver; eres un autor muy joven. Recuerda que la urgencia por publicar ha deslucido a numerosos escritores. Además, nadie puede asegurar que vayan a venderse muchos ejemplares. Si escribes, es porque te apasiona; y eso es lo que tiene valor, Óliver, lo que verdaderamente importa.

* * *

Septiembre de 2018 - septiembre de 2020

Si les soy sincero, tengo la impresión de haber reescrito unas cincuenta veces el principio de esta novela. La razón que me llevó a escribirla, en fin, es tan compleja que no los aburriré con ella. Siempre he tenido clara la historia que les voy contar, no se crean, pero ¿cómo narrarla y por dónde empezar? Cielos, ese ha sido mi mayor dilema. Supongo que en primer lugar debería hablarles de David Sender, y bajo qué circunstancias conocerlo se convirtió en el golpe de fortuna de mi vida.

David fue mi profesor en la facultad de Historia del Arte. Era también un escritor consagrado que en 2016 recomendó mi primera novela, aunque esta se publicó sin la

menor trascendencia. No obstante, cuando en 2018 escribí la segunda, David se quedó asombrado al leerla.

—Óliver, o mucho me equivoco, o vas a convertirte en una estrella literaria.

Al oír tales ditirambos me eché a reír y le respondí que exageraba, pero David me garantizó que el manuscrito era bueno, muy bueno. «Oh, buenísimo», fue su calificativo. Y lo incluyó entre los finalistas de un gran premio literario que, en resumen, me concedieron a la edad de veintitrés años. David formaba parte del jurado y creo que condicionó el resultado final en mi favor. Pero no estoy seguro; sinceramente, nunca se lo he preguntado.

En cualquier caso, a la mañana siguiente mi nombre andaba de boca en boca por todo el país, miles de lectores y libreros preguntaban por mí, Óliver Brun, el jovencísimo y desconocido escritor a quien la editorial Prades & Noguera definía como «la más brillante revelación de la narrativa nacional de la última década».

En la Navidad de 2018 mi segundo libro copaba los escaparates y estantes de librerías y centros comerciales, las ventas se disparaban y la prensa lo destacaba como uno de los *best sellers* de la temporada. Como consecuencia, asistí a diversos eventos y fiestas culturales y, meses más tarde, en el verano de 2019, empecé a salir con Julia Falcó, la afamada y popular cantante. En la música y la literatura éramos los dos jóvenes triunfadores del momento. Julia quería ser rica y ganarse la vida cantando. A mí nunca me ha interesado el dinero, solo quiero vivir escribiendo; aunque el dinero anima, por supuesto, estoy convencido de que solo los libros dibujan la palabra libertad en el pensamiento; tienen el poder de llenar la mente de grandes sueños y durante un rato te permiten olvidarlo todo, qué maravilla, hasta el dinero. Francamente, sin libros la vida se embrutece.

Lo que intento decir es que siempre me han desconcertado quienes afirman trabajar *solo* por dinero. Creo

que si a estas personas les dieran la oportunidad de cambiar de vida, ni siquiera sabrían cuál elegir, lo que viene a ser una de las mayores tragedias individuales de nuestro tiempo. Por el contrario, otras personas, pocas y extremadamente raras, casi prodigiosas, buscan trabajar en aquello que les reporte felicidad. ¿Esto no debería incluirse en el programa educativo de los colegios? Ya puestos, todos entendemos la educación como un derecho universal, ¿cierto?, pero, si lo piensan bien, es el servicio más extraño y maltratado de este país: todos la hemos defendido, incluso en masivas manifestaciones cada vez que los gobiernos la han deformado, sin embargo, los avances educativos a largo plazo han sido mínimos; no existe la menor voluntad colectiva, el menor intento gubernamental de implantar un modelo pedagógico que desarrolle en el ciudadano aptitudes críticas, lúcidas y creativas, sino que cada generación ha recibido una ley educativa partidista en estado bruto y elemental. Quizá pronto alguien se atreva a realizar una reforma profunda e imparcial; lo dudo mucho, pero permítanme soñar.

Bueno, como Julia Falcó no deseaba que nuestra relación se filtrara a la prensa, ideó un sistema para citarse conmigo con la más absoluta prudencia. Me aseguró que mantener un romance en secreto le proporcionaba una gran sensación de libertad, no sé por qué, y que desde luego era una práctica que la excitaba.

El mundo que rodeaba a Julia Falcó era un éxtasis, un puro éxtasis, un mundo pleno que reunía todas las comodidades deseables. Julia llegó a confesarme que su vida era maravillosa. También me dijo que yo era demasiado tímido e inseguro para ella y, seguidamente, puso fin a nuestra relación en noviembre de 2019.

Mamá no se enteró de ello hasta bien avanzado diciembre, y en su perseverante y latosa entrega por querer estar al corriente de todas las novedades de mi vida, cómo no, me telefoneó:

–Oli, cariño, ¿te pillo en buen momento? –Parecía preocupada.

–¿Qué sucede, mamá? ¿Te encuentras bien?

–Sí, muy bien, pero acabo de ver en la televisión que esa actriz rompió contigo hace un mes.

–¿Qué? ¿Qué actriz?

–La actriz, hijo, *la* actriz.

–¿Cómo que *la* actriz?

–¡Esa chica tan guapa que actúa en una serie de televisión! Es monísima. ¿Cómo se llama? Será posible que ya no recuerde su nombre. Es actriz, cariño, ya sabes cuál digo.

–No sé a quién... Espera, ¿te refieres a Julia Falcó? Julia es cantante, mamá.

–¿Ah, sí? Bueno, qué función desempeña en la farándula madrileña es lo de menos. Lo importante, cariño, es que me has ocultado tu ruptura con esa chica.

–No te lo conté porque nuestro idilio era, por definición, perecedero.

–¿Y eso qué significa, cielo?

–Que estoy bien, mamá. De verdad. No quería preocuparte. Julia me dijo que no congeniábamos porque yo tengo un temperamento más bien timorato.

–O sea, que has acabado aburriendo a esa actriz.

–Mamá, que no es actriz.

–Por cierto, tesoro, ¿sabes qué he hecho cuando ha terminado el programa?

Me atraganté con una porción de chocolate.

–¿Qué has hecho, mamá?

–He esperado a que llegara tu padre a casa y lo he puesto al día de tu vida privada, ¿y sabes qué opina?

–Ni me lo imagino.

–Hijo, te vas a quedar helado: que esos programas que veo, dice, son repugnantes, y que tú ya eres mayor, y que no deberíamos tener la necesidad imperativa de conocer todos los detalles de tu vida privada. Eso me ha di-

cho, por el amor de Dios. ¡Ay, cariño, es que todas las chicas rompen contigo! Y esa actriz es tan guapa, Oli, y en la tele hacíais tan buena pareja...

—¡Que no es actriz! Mamá, escúchame, simplemente no supimos gestionar algunos temas, ¿vale? No pasa nada. Julia se dio cuenta de que yo no era el chico adecuado para ella.

—¡Oh, Señor, es que a ninguna le pareces el adecuado! ¿No crees que ya va siendo hora de sentar la cabeza, hijo? Yo quiero lo mejor para ti, o sea, una buena mujer. Pero, Oli, ¿sabes cuál es el problema de las mujeres buenas?

Me resigné arrastrando las mismas palabras:

—¿Cuál es el problema de las mujeres buenas, mamá?

—Que saben que son buenas, cariño. Saben que están solicitadas y no les interesa limitarse a un cualquiera. Jesús —bufó—, odio a las chicas buenas. —Y con profusa alegría, mamá me animó—: Pero, cielo, excelentes noticias para ti: las mediocres están disponibles; aunque estas son tan inseguras que, al conocerte, pensarán: «No soy lo bastante para Óliver Brun». Y pasado un tiempo te preguntarán: «¿Qué haces conmigo, a ver?». Y tú terminarás respondiendo: «Oye, pues tienes razón; lo nuestro ha terminado».

—Mamá, ¿de qué demonios estás hablando?

—Tesoro, cuida ese lenguaje y escúchame: pronto cumplirás veinticinco años, así que olvídate de casarte con una mujer buena; cariño, es demasiado tarde para ti. Quizá deberías centrarte en encontrar a una entre lo bueno y lo mediocre, ¿comprendes? Una chica que aprecie estar contigo porque esté muy desmoralizada hasta el punto de pensar: «No quiero esperanza. La esperanza me está matando. Mi sueño es llegar a ser una desesperada». Porque a esas mujeres les da igual, cariño. Y si te da igual, la indiferencia te hace atractiva. Así que la desesperación es la clave.

Mamá es tremenda, caray, si la oyeran. Tiene los nervios destrozados y a menudo dice lo primero que le pasa por la cabeza. Figúrense que un día, al poco de mudarme a un modesto ático de alquiler en el barrio de las Letras, mamá me llamó solo para soltarme la siguiente perogrullada: «Tesoro, si tienes frío conecta la calefacción. Y si no tienes frío, pues no la conectes». No obstante, de vez en cuando mamá me proporciona material que, ya lo ven, voy incorporando a esta novela. Si les digo la verdad, espero que cuando se publique, mamá no la lea. Porque, si la lee, me temo que el personaje que he basado en ella no le gustará. Y si no le gusta, me telefonará. Y entonces exigirá explicaciones e incluso cuestionará mi amor filial por ella.

En cualquier caso, le dije que tenía que colgar, que debía ponerme a escribir enseguida.

—Tesoro, desde que te dieron ese premio solo piensas en los libros, y nunca en casarte.

En efecto, de un tiempo a esa parte solo pensaba en mi tercera novela; sin embargo, no la escribía, he aquí el problema: cuando me proponía una idea, me sentía incapaz de generar un número de palabras suficientes para desarrollarla. Así era.

En marzo de 2020 cumplí veinticinco años y, a su vez, hacía diecisiete meses que me habían concedido el premio literario. Por este último motivo, Bernard Domènech, director ejecutivo de Prades & Noguera, me citó en su despacho, en el distrito de Chamberí, para comentarme una cuestión editorial que lo tenía preocupado.

—Dime, Óliver, ¿cuándo nos entregarás nuevo material? —reclamó—. ¿Eres consciente de que vas atrasado con respecto a los plazos programados? Los editores me han asegurado que todavía no les has entregado nada. Recuerda que el contrato de la concesión del premio tenía contraprestaciones, bien lo sabes, incluye el futuro libro que debes escribir. Ten en cuenta, además, que la compe-

tencia recibe a diario originales de otros jóvenes escritores que podrían robarte tu público. —Hizo una pausa y razonó—: Te lo comento porque si tú no llenas el tiempo libre de los lectores, será otro autor quien lo haga, y tú acabarás, ¿sabes dónde?, en el desván de la literatura. Así que espabila y entrégame una buena novela, que yo me encargaré de lo demás. El libro perfecto no existe, ¿de acuerdo?, no es lo que te pido; pero los lectores demandan otra obra tuya, y la quieren ya: ¡desean al escritor que hay en Óliver Brun para las próximas navidades!

Bernard Domènech era un directivo fuera de lo común que poseía un sentido excepcional para la publicidad y la edición, una habilidad innata que resultaba ser la contrapartida de su desmesurada ambición económica: siempre anhelaba más ventas, mayor distribución, numerosas ediciones, mucha repercusión y decenas de traducciones. Más dinero, claro. Pero tenía razón en que debía ponerme a escribir de inmediato.

Salí del edificio con esperanzas renovadas, absolutamente convencido de que en poco tiempo le entregaría a Domènech una obra grandiosa, y que, después de leerla, el directivo reuniría a los editores en su despacho, entre vítores y aplausos, y así valoraría mi nueva novela: «Damas y caballeros, hay que quitarse el sombrero».

Dos meses después, sin embargo, mi mente seguía en blanco. Sobre todo me aterrorizaba volver a casa y enfrentarme a mis ideas; o mejor dicho, a la ausencia de ellas. Nada me incitaba a la disciplina del trabajo, así que pasaba horas y más horas en la sala de becarios de la facultad para que los días se consumieran. Por entonces ya llevaba un tiempo matriculado en el programa de doctorado.

En mayo se incorporó al grupo de investigación una chica de veinticuatro años. Se llamaba Eleonora Salas y acababa de obtener una beca del Ministerio; era historiadora del arte, como yo, pero más eficiente. En su primer día en el departamento se acercó a saludarme.

–Tú eres Óliver Brun, ¿verdad? He leído tus dos novelas.

Le agradecí el detalle y el tiempo invertido en leerlas, y, a continuación, con una entonación de comedia, traviesa y pizpireta, manifestó: «Jo, como escritor no eres demasiado bueno». Después, con una bella sonrisa bailándole en los labios, me dijo su nombre y me advirtió:

–Pero como se te ocurra llamarme Eleonora, te mato. No me gusta, ¿vale? Lo detesto. Prefiero Nora.

Desde el primer momento me sentí enormemente atraído por ella. Nora y yo investigábamos juntos en la universidad, pero fuera del trabajo andábamos siempre bromeando, e incluso comenzamos a intercambiar mensajes a diario. De inmediato se estableció entre ambos un vínculo profundo y afectivo. A los dos nos maravillaba la facilidad y naturalidad con que nuestras vidas se habían encontrado. El problema, claro, residía en que Nora tenía novio desde hacía cinco años. También tenía un hámster. Se llamaba Óscar, el hámster. Su novio, no recuerdo el nombre, estudiaba un curso de posgrado en otra ciudad.

En junio, cuatro semanas después de conocer a Nora, empecé a salir con Martina Biel, una joven de mi edad que ejercía exitosamente la abogacía. Al conocerla, mi plácida vida experimentó una serie de forzosas transformaciones; la más crucial se produjo una noche de primavera, después de que Martina revisara en mi casa el contrato editorial.

–Óliver, el premio que te concedieron no fue, ni de cerca, un regalo por parte de la editorial. Más bien fue una especie de garantía.

–¿Eh?

–A ver, presta atención a la letra pequeña. Firmaste un contrato de exclusividad, ¿no?, en el que te comprometis-

te a entregar un nuevo manuscrito en un período máximo de dos años.

—¿Y bien?

—Pues que estamos en junio, Óliver, y el plazo vence en noviembre. Y aquí pone claramente que si no presentas otro libro, tu tercer libro, el departamento jurídico de Prades & Noguera se reserva la opción de presentar cargos en tu contra.

Por incumplimiento de contrato, naturalmente. De modo que solo disponía de cinco meses para escribir una novela. Bueno, no era un escenario insalvable. Sin embargo, iba a pagar un alto precio por haber coqueteado con la ociosidad, ya que, al no haber escrito una sola línea en el último año y medio, me enfrentaba a un imposible. Y lo peor estaba por llegar: ningún empleado de la editorial me había prevenido de las acciones legales a las que haría frente si no les proporcionaba un nuevo manuscrito. Martina me informó de ello pocas noches más tarde: «No hay forma de eludirlo, Óliver. Vas a tener que entregar una buena novela en el plazo estipulado. No puedes dejarlo pasar. ¡Literalmente, no puedes! ¡En qué estabas pensando, firmaste un contrato blindado! Y si no cumples tu parte del acuerdo, ¿sabes qué?, ¡podrían demandarte ante los tribunales!».

Horrorizado por la admonición de Martina, me di perfecta cuenta del peligro al que me enfrentaba: en el último año y medio no se me había ocurrido una mísera idea. Escribir dos libros sin presión alguna, cuando era un autor joven y desconocido, me había parecido relativamente sencillo. Pero, una vez alcanzado el éxito, descubrí que no estaba preparado para la fama. Me golpeó fuerte y no tuve la capacidad adecuada para afrontarla. Me llevó al éxtasis, pero también a la oscuridad. Y cuando llegó el momento de justificar mi presunto talento literario, ya no me sentía capaz de escribir, ergo, ¿qué era? ¿Un incapaz frente a un obstáculo? Más bien fui un iluso al creer que una